

**U**N hombre alto, macizo, musculoso, de barba filosófica y chaquet diplomático, habla sobre el espíritu. Su voz es clara y llena, pero su pronunciación es lenta, difícil; el idioma en que habla no es el natal propio; lo ha aprendido hace poco tiempo y rápidamente, tal vez con el único objeto de hablar en él a los que no entienden el suyo, y las palabras castellanas salen de su boca como los tornillos salen de la tarraja, con dureza, después de haber buscado inútilmente en la garganta y en la lengua el molde de su dicción justa.

Pero no importa. Esa dificultad no disminuye el interés que su discurso debe provocar en el público; al contrario, esa dificultad exige del auditorio más atención, más dedicación, al mismo tiempo que crea a sus frases y a sus ideas un ambiente de exotismo que no tenían las de Ortega y Gasset, y que, en buenas cuentas, tampoco hace falta cuando lo que se dice es realmente de interés. En el caso del filósofo alemán, se unían las dos cualidades.

Así, con barba filosófica y chaquet diplomático, recibiendo desde lo alto una luz opaca que le iluminaba solamente la parte superior de la cabeza y le dejaba en sombra el rostro, que a causa de esto se empalidecía y achataba, tomando un aire mongólico, habiaba el hombre sobre el espíritu, y los oyentes, como si se tratara de la existencia en un pariente próximo, según, a través de sus palabras cuadradas, <sup>o de un viaje del espíritu</sup> viajaba del espíritu. Todos escuchaban con reconocimiento, sin perder una palabra, una sílaba, sonriendo con benevolencia cuando el hombre de la barbilla y del chaquet se equivocaba en algún vocablo y lo daba vueltas en la boca sin poder hallarle la punta y sin resolverse tampoco a retirarlo. Cuando alguien tosía, mil ojos furiosos buscaban en la sombra y lo asaetaban de miradas filosóficas.

Cuando el filósofo decía algo interesante, justo, original, los amigos se miraban entre sí sonriendo, como diciendo:

—¿No ves? Lo que yo te decía...

Terminó la conferencia y vinieron los comentarios. No diferían mucho entre sí. Uno de los acomodadores de palco le dijo a un colega:

—¡Chitas! Habló como dos horas y no dijo más que cosas que todos sabemos.

Y a la salida de la platea, una gran dama le preguntó a un espiritual profesor:

—¿Qué le pareció a usted?

—Muy interesante, muy simpático—contestó él, con gran discreción.

—Sí,—dijo ella—; muy interesante, muy simpático, pero poco original. Lo que ha dicho ya lo sabemos nosotros.

El acomodador y la gran dama estaban de acuerdo, lo cual demuestra que la comprensión y el sentido de la filosofía son comunes a todos. ¿Qué más se puede pedir en un país de tan pocos habitantes?